

El Cónsul de la República Argentina en Costa Rica que se llamó don Arturo Urién

— Envío de la autora. San José, C. R. —

Allá por el 1927 el gobierno argentino nos mandó un cónsul que se llamó don Arturo Urién y que estaba hecho, sin duda alguna, de una madera bien diferente de aquella con que los gobiernos fabrican a sus diplomáticos, pues este cónsul era de palo recio, de ese para el que no hay comején que le entre.

Es natural que dado este antecedente, pasara desapercibido entre la alta sociedad y en los círculos oficiales, en donde gozan de prestigio solamente aquellos diplomáticos que dan banquetes y asisten a las comidas y fiestas que se acostumbran por esas bajuras. Aun más, mucha gente perteneciente a ese grupo, lo consideraba como excéntrico porque les huía y los miraba de arriba a abajo y porque le interesaban los problemas sociales y por lo tanto, los educacionales, asuntos que ellos miran con indiferencia o mala voluntad.

Era don Arturo Urién un viejo de noble apariencia, pulcro en el vestir, más bien alto, de tronco recio con una hermosa cabeza blanca sin el menor asomo de calvicie. El rostro moreno aceitunado, con unos ojos que se asomaban mucho al exterior, abiertos de par en par como para que entrara toda la luz, con una mirada que parecía invitar a su interlocutor a adentrarse en la conciencia limpia, sin polvo ni repliegues, ni rincones oscuros que su voluntad había ido lavando hasta dejarla así, como las manos de un trabajador que después de la faena se las friega bien con simple jabón y agua pura.

En su juventud fué militar, y según él mismo me contara, un militar pecador.

En una ocasión me mostró una fotografía suya de sus años de mozo y de soldado. Era una figura vulgar más bien, adocenada como la de la mayor parte de los militares que ganan sus grados en tiempos de paz. La comparé con la figura que tenía ante mis ojos, y me di cuenta de que los años le habían dado belleza y prestancia. Por lo que sabía de él, comprendí que el ennoblecimiento interno había ido transformando los rasgos de su fisonomía. Conforme su espíritu se había ido quemando de toda escoria, su cuerpo se había ido quedando libre de la grasa que, como una excrecencia aparece sobre el gusto que el egoísmo concede a la sensualidad.

Fué este un hombre que se había ido



Don Arturo Urién rodeado de algunos niños de la Escuela Maternal

haciendo joven conforme pasaban los años, al revés de los mortales, y así el correr de los días, en vez de robar energía y frescura a su espíritu, lo volvía ágil, fuerte y dispuesto a la renovación. La experiencia no agrió ni desilusionó su pensamiento, sino que lo hizo generoso, como el curso del tiempo vuelve generoso al vino hecho con buen mosto.

A poco de tratarlo, me di cuenta de que me había encontrado con uno de los hombres mejores que le es dado a una persona hallar en su camino. La costumbre de tratar viejos y jóvenes costarricenses cuyo lema es "más vale malo conocido que bueno por conocer", que es lema de débiles, de los incapaces de toda creación, hizo de mi encuentro con el viejo Urién, algo inolvidable. ¿Estaba yo tan poco habituada a ver acoger con alegría una empresa tendiente al ennoblecimiento humano! ¿De dónde venía este cónsul que en lo que menos pensaba era en el lucro personal y en las zalemas a ministros y demás fantoches honorables, y que ponía tanto entusiasmo en el deseo de que un centenar de pobres chiquillos estuvieran contentos? Era admirable verlo poniendo su cuerpo enfermo al servicio de sus ideas de egoísmo amplio como la bóveda del cielo. Y su cuerpo enfermo le obedecía silencioso como un criado inteligente las órdenes de un amo inteligente.

Sólo he conocido dos viejos que no

dejaban caer, como una plancha de piedra esto que corrientemente se llama experiencia, sobre cualquier brote con trazas de llevar capacidad para cambiar de forma a las costumbres establecidas, y uno de estos dos viejos fué don Arturo Urién. Es claro que no me refiero a la complacencia con que las mujeres acogen las modas nuevas, no, me refiero a la actitud ante la aparición de manifestaciones de vida más hondas que el corte de un traje o la forma de un sombrero. ¿Qué cosa fría es esta experiencia que pasa como una racha invernal y hiela los frutos nuevos! Se me viene en este momento a la memoria la sonrisa desilusionada y amarga de un individuo que yo conozco, que trata de apagar la rebeldía joven que se manifiesta en derredor suyo con el relato de sus pobres y desorientadas actitudes que nunca lo llevaron más allá de ser primer actor en escenarios momentáneos, sin la menor trascendencia en la vida del país. Experiencia infeliz cuyo

factor principal fué una vanidad epidérmica que se podía raer con la uña. En cuanto a don Arturo Urién, no quiero decir que obrara a tontas y a locas, pero su experiencia tenía la sabia oportunidad de la aguja imantada de la brújula en los momentos de extravío. Ha sido uno de los espectáculos que más goce han ofrecido a mi espíritu, este de la experiencia de un viejo sirviendo de arco a una flecha recién salida de los talleres de la vida. Y por cierto que voluntades mucho más jóvenes que la suya, no han sabido como este hombre añoso, ofrecer a la saeta, la tensión necesaria para que al ser disparada diera en el blanco o se acercara a él. He conocido otros viejos que parecían ponerse siempre del lado de la juventud, pero en su gesto yo adivinaba el deseo de olvidar sus años, de ocultarlos como una vergüenza; había allí no sé qué del viejo verde. No era el caso del viejo Urién, que fué viejo inteligentemente, con la naturalidad con que el niño es niño y el mozo es mozo.

Pero si en Costa Rica no frecuentó la alta sociedad, frecuentó en cambio la de los niños, pobres que es algo así, con respecto a aquélla, lo que los bastidores de un rico decorado en una representación teatral.

Tenía todas sus esperanzas puestas en

los niños de hoy y creía de buena fe, que la salvación de la sociedad está en la escuela. Decía que aun cuando la escuela es un instrumento del capitalismo, éste no puede impedir que las letras que la escuela enseña, sirvan de canal a las nuevas ideas.

Aquí en Costa Rica se entusiasmó, frecuentando nuestra Escuela Maternal, le interesó mucho lo que puede hacer la educación pre-escolar, creía con las personas amigas suyas que trabajábamos en ello, que es de primordial importancia, poner mucha alegría en las bases de la vida humana para que haya fuerza en la lucha futura.

Hay que defender a los niños—se decía con absoluta convicción—. Y entonces, en vez de dar banquetes a los diplomáticos y personajes oficiales, empleaba el dinero que ganaba en calzar patillas descalzas para librarlas del anquilostoma, en alimentar niños hambrientos y en ayudar a las pobres madres que no tenían con qué pagar la casa.

En una ocasión fui a solicitar del Presidente de la República, que en ese tiempo era don Cleto González Víquez, se interesara en la construcción de un edificio adecuado para la Escuela Maternal y le conté lo que por los niños costarricenses desvalidos, hacía este cónsul que nos había mandado la Argentina. El único comentario al respecto que se le ocurrió al Presidente de la República fué el siguiente:

—¿Aquel que dicen que es chiflado...?

—Sí—le contesté—dicen que es chiflado porque ahora llaman chiflado al hombre honrado y al que tiene un egoísmo diferente al de las gallinas con pollos, que no cubren con sus alas sino a las criaturillas que han salido de los huevos empollados a su calor.

Pero don Cleto no hizo caso de mis palabras. En general al Presidente de cualquier república de éstas, no le interesa mucho la salud de los niños del país que gobierna. Luego pensé también, que en los círculos diplomáticos y oficiales, no puede tener valor alguno un cónsul que no da banquetes ni asiste con plumas en el sombrero y cruces en el pecho a las recepciones, y que se interesa porque los chiquillos del país en donde sirve no tengan anquilostomas.

A su país regresó hace dos años don Arturo Urién.

Apenas llegó, en vez de pensar en rodear de comodidades sus últimos años, compró con sus ahorros una chacrita para establecer en ella una escuela al aire libre. Seguía el viejo con su **chifladura**, con su fe en la educación. En la escolita de **Máximo Paz**, como llamó él la chacra, recogería cuanto pibe desvalido se le presentara, y lo ayudaría.

Sus cartas llegaban siempre llenas de fe en su obra a pesar de los fracasos. (Estoy pensando en la boca que sonríe desilusionada por unos ensayos de diletanti que llevó a cabo en su juven-

tud). He aquí algunos párrafos de sus cartas:

“Mi proyecto campesino marcha lentamente. La crisis tremenda que nos ha invadido, ha destruído mis cálculos. Esto sin embargo, yo continúo manteniendo

Recordando a don Arturo Urién

— Envío del autor —

Entre los recuerdos que ya no morirán en mí está el de este anciano pleno de juventud mental que falleció el mes pasado en Buenos Aires. Lo conocí cualquier día, en la Escuela Maternal, de San José. Era, en ese momento, un anciano de cabellos blancos que acariciaba la cara triste de un chiquino. Cuando me informaron de su posición—la de Cónsul de la Argentina en Costa Rica—mi aprensión por esa casta de ujieres empalagosos e hipócritas me dió una alerta. Su gesto, al acariciar con infinita ternura la cara maltratada por la miseria de aquel niño, lo interpreté como una de esas pantomimas usuales entre las gentes del casaquin galoneado.

Le traté después. Muy poco, casi accidentalmente. Los imperativos de mi vida de revolucionario me obligaron a alejarme de Costa Rica por esos mismos días. Mas, las pocas veces que conversé con don Arturo oastaron para que la aprensión del primer día se me hiciera añicos. Aquel diplomático no era de la misma estirpe palaciega y despreciable de los otros. Aquel anciano no tenía tampoco esa bondad negativa de los que ya no pueden ser pícaros porque su fisiología en bancarrota se los impide, sino que estaba en posesión de esa otra bondad juvenil y agresiva que se resuelve en descontento con las formas de vida existentes y en ansias de vida nueva.

Después, nos escribimos en muchas ocasiones. Me enviaba folletos, libros, literatura revolucionarios. Sus cartas estaban todas impregnadas de una enérgica fe porvenirista. Ante el espectáculo de la organización capitalista en franca decadencia, no adoptaba la actitud spengieriana de vincular a ella el fin mismo del proceso cultural humano. Enfocando el problema certeramente, sólo veía inminente el derrumbe de un determinado tipo de cultura, forjado sobre la espalda doliente de millones de explotados, para abrirle paso a una forma superada, y con amplia base humana, de cultura nueva. Era socialista, dándole a este concepto su pristino sentido y no la desnaturalizada interpretación contemporánea al uso entre los MacDonald y los Vanderverde.

En su interpretación de los fenómenos sociales acaso no era fiel a principios ortodoxos. En su ideario, las concepciones socialistas científicas se mezclaban con reminiscencias anarquistas y con acentuadas influencias del utopismo saintsimoniano. Asignaba una virtualidad exagerada al poder transformador de la escuela. Creía, con el mismo impulso, generoso y desorientado con que Roberto Owen se dió a organizar colonias comunistas en Florida, que aun dentro del régimen vigente, los niños educados en escuelas de nuevo tipo podían llegar a realizar el tipo de hombre nuevo. La muerte le llegó precisamente cuando estaba levantando una escolita de esa índole en una “chacra” de los alrededores de Buenos Aires. Este proyecto, como todos los suyos, tenía una dosis grande de ese romanticismo anhelante, y un poco desorbitado, que caracteriza a los grandes

do el propósito y trabajando para ver si a la larga venzo. Si bien el dinero me falta, tengo a mi favor la ausencia de deudas, y trabajando la tierra e ingeniándome por otros medios voy a tantear de desfacer el entuerto. ¡Adelante con los faroles!”

“Y bien, ahora estoy en tren de resolver en forma más práctica, según me parece, el magno problema (se refiere a su escolita al aire libre). Esta noche espero a un amigo que está interesado en el asunto, y actualmente ocupa un cargo de inspector de arte de las escuelas secundarias Falcini, a quien Amighetti, que supongo ya en Costa Rica, conoce por haberlo presentado yo cuando estuvo aquí y con el que espero poder darle una solución más acertada a todo esto. Además para diciembre tendré listo a Samuel que aun está sirviendo a la “patria” y todos nos trasladaremos allá a capear el temporal. Pero aquí me asalta una idea que me hace sonreír: ¿Y todos los de esta nueva empresa, llegaremos a uniformarnos en el propósito? ¿Qué difícil y dura es la vida, eh? Bueno, no importa, adelante, viejilla, con los faroles. No estamos en este mundo para pasar mirándonos el ombligo como Ud. bien dice, y en consecuencia, hemos de apechugar con la vida tal cual se nos presenta, sin asco y sin melindres”.

“Vengo de confirmar el primer derrumbe triunfal de mi proyectada colonia educativa que he denominado “El Cortijo” en Máximo Paz. Y espero que a éste, puede seguir algún otro derrumbe, lo que no dudo ha de producirme igual contento que el que me proporcionó el actual y que me ha de ofrecer un mayor acopio de fuerzas para poder seguir adelante con más bríos y mayor resolución. La pareja que llevé no ha podido ni sabido comprender la belleza de la realidad que me esforcé en inculcarles, mejor dicho, demostrarles práctica y teóricamente. No he podido vencer con los mejores razonamientos esa dura corteza y todos mis esfuerzos los veía estrellarse ante la codicia, la incredulidad y las manifestaciones bien marcadas del ambiente irrespirable de este medio. En fin de cuentas, es el resultado lógico que debía tener este primer paso en el momento y en el lugar elegidos. No he sido sorprendido pues. Esta aparente derrota, no es sino una justificación para el propósito. Si esta deformación de la vida no existiera, viviríamos más felices y en ese caso no habría sido necesario el esfuerzo y el ensayo. De modo que me consuela el saber que no estaba errado en mis juicios, y que la obra se impone y en consecuencia, el esfuerzo ha de redoblar con serenidad y energía”.

¿Quién diría que estas líneas son escritas por un hombre de setenta años? ¿En dónde la desilusión y amargura que hay en las lamentaciones de los que le han dado la carne al diablo y los huesos a Dios? Las cartas de este viejo

(Pasa a la página 185)

(Pasa a la página 185)

Tres canciones dispersas

= Envío del autor. Buenos Aires, R. A. =

CIELO AZUL

Con repentino sobresalto
—¡qué solo estoy!, no tengo nada...—
vuelvo los ojos a lo alto:
el cielo, azul; la nube, blanca.

¡Qué solo estoy, solo y perdido,
rota en pedazos la esperanza!...
pero me entrego al hondo olvido
del cielo, azul; la nube, blanca.

¡Oh, cuántos trágicos afanes
ceniza son, ceniza amarga!...
¡Calla!, ¡no hables!, no profanes
el cielo, azul; la nube, blanca.

Nada reprocho, nada digo,
vuelvo a la altura la mirada:
Lejos, muy alto, están conmigo
el cielo, azul; la nube, blanca.

Yo bien sabía que no duran
las cosas nuestras: son palabras...
¡Calla!, no sientes cómo curan
el cielo azul; la nube, blanca.

Un gran perdón y un gran consuelo
como en un sueño lavan mi alma...
¡Oh, qué piadoso sueño el cielo,
el cielo, azul; la nube, blanca!

¿Tuve algún día, de algún modo,
una amargura, una esperanza?
¡Oh, qué me importa! Allí está todo:
el cielo, azul; la nube, blanca.

El Cónsul de la...

(Viene de la página 181)

podrían servir de breviarío a los jóvenes de Costa Rica, cuya única preocupación parece ser la de llegar a viejos por el camino más cómodo.

No resisto el deseo de transcribir aquí una carta suya en que comenta los momentos presentes. Se refiere al gobierno de su país, pero lo que dice se podría aplicar a cualquier gobierno capitalista:

"El gobierno fluctúa y no atina a orientarse. Le falta comprensión y unidad. En una palabra, ignora su misión y el momento en que actúa. Conservador, sin darse cuenta hasta qué punto lo es, ensaya actitudes que resultan ridículas e inofensivas para sus propósitos, empleando viejos sistemas, que en el pueblo, hasta el menos avisado, bien conoce. En fin, se palpita ya que la liquidación de los viejos usos se avecina. No hay, pues, más que seguir en la brecha. Nada de debilidades. Un esfuerzo más y habremos derrumbado hasta los últimos escombros. Pero esto obliga a preparar los elementos con que hemos de reedificar (Nota: aquí aparece la fe que tenía el viejo Urién en la escuela), vale decir, continuar la obra, esta vez en sentido verdaderamente positivo. Si la primera tarea fué ruda, la segunda debe ser formidable. Tendremos que superarnos, enrolándonos ahora también en las legiones de "ataque" para demos-



Enrique Banchs

Visto por Valdivia

FLOR DE LAS FLORES

Flor de la estrella-federal,
en soberano orgullo empurpurada...
mas yo, en mi torre, aparto la mirada.

Flor de la liana tropical,
te acercas a mi torre, alta y serena,
pero floreces con la sangre ajena.

Flor del sombrío lauredal,
sube obscuro y pesado tu perfume
que, como pesadilla, me consume.

Flor de verónica pradal,
pequeña y tierna, tu humildad es tanta,
que mueres cuando uno te levanta.

Flor de arrayán, flor vespéral,
voy a buscarte antes que muera el día,
y me dicen, mi amor, que no eres mía...

Flor de arrayán, flor vespéral,
aunque tú no me ves, siempre te miro.
Con el viento te mando este suspiro.

trar así que no sólo servimos para destruir, sino también para construir".

Al morir, encargó don Arturo Urién que quemaran su cuerpo y regaran sus cenizas en el suelo de la chacrita con su escuela al aire libre. Quería seguir identificado con su obra, que parte del polvo que formó su cuerpo anduviera entre el polvo que hollarían pies de niños.

¡Hermoso romanticismo el de este viejo, que brilla sobre esta época de la inflación y del tanto por ciento, como debe brillar la estrella de los Magos sobre los rascacielos de Wall Street.

Carmen Lyrá

Setiembre, 1935.

Flor de arrayán, flor vespéral,
y con la luz te mando esta mirada,
porque jamás podré decirte nada...

RAMA INERTE

Aunque soy la rama inerte
que se lleva el agua ciega,
una voz a veces llega
que me dice que despierte.

Mucha gala y flor primera
tengo cerca cuando paso...
Pero dejó yo al Acaso
que me lleve como quiera.

Bien podría detenerme,
—pues, al fin, a nada sigo,—
pero, ¡bah!, yo mismo digo:
¡sigue siempre!... ¡sigue y duerme!

Aunque soy la rama inerte
que se lleva el agua ciega,
sé que el alma a veces llega
a vencer su propia suerte.

Pero de un silencio sé,
—¡qué total y qué vacío!—
cuando inerte, quieto y frío,
me pregunto: ¿para qué?

¿Para qué parar el paso
si tendré que caminar?
¡Si más pronto he de llegar
en el agua del Acaso!

Enrique Banchs

Recordando a don...

(Viene de la página 152)

espíritus del socialismo pre-marxista. Pero, cuánta honradez, cuánta fuerza inteligente, cuánta desinteresada abnegación ponía en sus empresas! Me he rozado, en las peripecias de esta lucha en que milito, con varias docenas de técnicos en el álgebra revolucionaria, muy nutridos de "El Capital", de Marx y muy saturados de leninismo teórico, que sin embargo jamás han sentido esa fanática convicción socialista de don Arturo Urién. Prohibiciones como la suya tampoco abundan mucho, desgraciadamente, entre los "peritos" en revoluciones sociales.

Su labor anheló más la profundidad que la extensión. Por eso no dió a su actividad proyecciones de masas. Creyó, en mi concepto erróneamente, que bastaba con una acción de grupos, con un superamiento de grupos, para forjar los núcleos capaces de realizar una transformación social de vastas proyecciones. Fiel a ese criterio, no militó en los partidos obreros, ni vivió la vida caldeada del sindicato, ni dijo desde la tribuna del mitin lo profundamente que odiaba a este desorden social en que vivimos. Su muerte ha pasado anónima, por estas circunstancias, para los mismos en cuya redención soñaba y por cuyo mejoramiento combatía. Esto prueba que ni siquiera tenía en sus actividades la ambición del proselitismo, el acicate de saberse respetado y seguido por millares de hombres. Los que le queríamos y le conocíamos en su esfuerzo perseverante, éramos unos pocos en su país y otros pocos regados por las tierras en donde vivió.

Hizo labor callada y terca de sembrador de inquietudes este anciano que acaba de morir en Buenos Aires.

Rómulo Betancourt

San José, Setiembre de 1935.